

MASTICAR EL AGUA



LUIS BAEZA ANDREU
MASTICAR EL AGUA

Título: *Masticar el agua*.
Primera edición: septiembre 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Luis Baeza Andreu.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-6-2
Depósito legal: AB 408-2022
IBIC: DCF

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Poesía

A Paula, que también tiene que aprender a nombrar la herida

*Ya solo espero aquello que seré mientras espero
lento de música y tiempo,
lento de oficio y querencias,
quieto de mar y regresos.*
Antonio LUCAS

I
La música en otros cuerpos

La primera noticia del mundo

Asustado, el cachorro se agarra al dedo.
El corazón de la madre es la primera noticia
que tiene el niño del mundo:
su palpitación volcánica,
la hondura.

Sentirá que, sobre él, debajo de él,
por todos sus costados, una solidez
enorme lo amenaza.

¿Qué habrá sido
de su pasado de agua?

El pulso nuclear pierde
con los años su fuerza y a los oídos
del pequeño llegan rápidamente
las canciones de los pájaros,
las tiernas voces de los tíos,
la carantoña, las hojas, las castañas.

Irrumpen los crujidos
y los rayos.
El universo de matices se amplía
y aparecen gradaciones
y silencios.

El niño aprenderá del aullido
su derrota.

Huérfano, buscará con fiereza la música
en otros cuerpos
y se amarrará a palabras y a manos,
beberá del amor de sinfónicas amantes
y, cuando detecte de nuevo el golpe,
la caricia precisa,

y esta se asemeje,
se calmará
y dormirá por fin tranquilo.

Podría haber sido el niño

Podría haber sido
el niño que hinchaba globos de agua;
el niño al que no se le escurrían nunca las babosas;
el niño que se elevaba ágil sobre la quemadura de la arena y
encontraba ante sus pies un mundo,
una pelota.

Podría haber sido, tal vez,
el niño que, en lugar de aquellos brazos,
hubiese dispuesto del músculo incipiente del águila;
el niño que saltaba de cabeza a la piscina: un descenso exacto
al fondo laminado de azulejos
desde donde se vuelve con heroísmo al presente:
la raspadura del bordillo,
la madre afuera esperando con el coche.

Podría haber sido
ese ídolo de las niñas con trenzas
que ganaba al fútbol y
reinaba
desde las videoconsolas

y, sin embargo, fui aquellos pies cóncavos hundiéndose
en la tierra,

el niño
que tiritaba de ausencia
mientras entendía que el horizonte es también una tara
de la forma, la imposibilidad del mundo para cerrarse
en un punto;

el niño perplejo ante la línea recta,
dirigiéndose como un deseo, secretamente,
hacia el cielo virtuoso de las aves
y los dioses.

Petición

Dejad que me aburra
mientras los otros niños
juegan a alcanzar con violencia
la copa de los árboles.

Quiero rodear un níspero
en silencio
como el explorador
que da la vuelta al mundo.

Dejad que me canse
y las cosas me aturdan
y me sucedan.

Quiero saborear la sal
que ha depositado sobre la piel
la playa

y que las paredes y las baldosas
resquebrajadas
me cuenten nuestra historia.

Me gustaría saltar por los años desde esta sombra
y atravesar incendios

y bosques
y las palabras diminutas pero grandes
como la luz.

Quiero imaginar cómo seremos todos nosotros,
cómo lloraré vuestra muerte.

Solo reclamo este estar,
comprenderlo
y desesperarme
y requerir nuevamente
el verbo.

Correspondencias

Llevarán la herida
sobre la palabra,
como una costra
de sílabas secas
y tiempo.

Arrastrarán los adjetivos
que, con su insistencia, los acompañaron
más allá
del portón verde
de la escuela.

Serán personas excesivamente tímidas
no, no será timidez
y se esconderán detrás de algunas dudosas certezas:
la poesía,
las teorías filosóficas.

Contratarán a terapeutas
que pondrán nombre
al hambre
y lo almacenarán
en carpetas de colores, todo el ruido de los años
como tema,

cuando la lluvia
no haya sido suficiente.

Llegarán los sustantivos,
poco a poco,
para llenar de aire, de espacio,
los pulmones.

Y, aun así, serán para siempre una imposibilidad:
una extrañeza
que se verá entendida solamente
por otra semejante.

Sobre los charcos

La ciudad suspende el tiempo bajo sus paraguas
y los huidos miramos al suelo,
confiados a ese duro cielo de abajo,
curvados como signos de interrogación.

La ciudad nos niega
con su orgía de destellos.

Esa música desquiciada nos expulsa
de su centro y un remolino
de velocidades crece
sobre los charcos y
todos andamos buscándonos,
formando enjambres de necesidad,
tan ciegos.

Espejos

Quise que me vieran,
pero tampoco me deshice de la máscara,
necesaria entonces para mitigar la carga
de un dolor desnudo,
sobre la piel todavía la vieja casa,
su silencio, su cama vacía.

Quise que me vieran
y me arrastré por las noches
en busca de un pronombre
que me abrazara,
una boca también temblando
para explicarle al mundo
mi verdadero rostro.

Quise que me vieran,
pero solo conseguí la aceptación
del espejo blanco de la madrugada,
desafiante y dispuesto a vencerme de nuevo
con su mordedura transparente.

Fe

Creo en ese sonajero de entusiasmo
y, cuando vuelvo de afuera vencido,
me entrego a su ritmo creador:
inmensas murallas y elefantes,
un idioma previo a los dioses
cuyo origen tiene lugar en las cosquillas.

La risa de los niños nos salva
de la noche
y la pregunta.
A ella debemos fiarnos
cuando el mundo imponga su mordaza.

Necesito ver más allá
de esta ventana
y sentir que la humanidad está escribiendo
con acierto su historia:
que la madre duerme al niño
con su canción suave;
que el niño está soñando
con la libertad de otro niño grande.

Intuición

Aunque me hayas echado
al basural de la carencia y
me hayas muerto de la infancia
una parte,
vencerá hoy un aroma limpio y blanco
que ya de pequeño
intuía en los jazmines.

Su sonido nos moldea

Su sonido nos moldea.

La música nos requiere
porque no significa nada.

Somos su destrozo.

Su cadencia tiene el nombre
de esta herida que aún supura
y su ensoñación de arpas y maderas
provoca en la noche una tos,
hipo y asfixia,
un coro de naufragios
en el centro de la cama.

La música nos secuestra
en su zulo de estridencias.
Nos engaña con lo claro
que tañen sus campanas y
creemos una luz tímida
y a eso llamamos paz,
religión o progreso.

La música no tiene historia,
ni hambre, ni esperanza.

Pulsa nuestra piel
con su pellizco de aire.
Socava hondamente
la extensión de los recuerdos,
los altera y los corrompe
en acordes disonantes
que nos llenan el corazón
de oscuro llanto,
sonata de entusiasmo o agonía
que resuelve siempre su sentido
en el frondoso valle del silencio.

Como un cuerpo

Inventé gastroenteritis y alergias
para no saltar todavía
sobre las enormes colchonetas
ni volar sobre los elásticos y
los fosos
mientras el profesor de gimnasia registraba severo
el tropiezo otra vez.

Puse nombres a la incapacidad
para aguantar colgado de las espalderas
para atravesar como los delfines los aros, trepar paredes, do-
blar el cuerpo
hasta la punta de los pies,
galopar como caballos o como héroes sobre estructuras
de hierro, de plástico,
de angustia.

La infancia midió nuestra capacidad de ser
animales flexibles
y ligeros.

Pero yo fui una rigidez que demoró
siempre el brinco,
sentado sobre un muro de piedra aparte,